

CRONICA LITERARIA

por ALONE.

EL CONDE DE KEYSERLING JUZGADO POR ERNESTO SEILLIERE, MIEMBRO DEL INSTITUTO

Hemos publicado algunos extractos del "Análisis Espiritual de Europa", último libro del célebre Conde Keyserling y aunque la concentración de imágenes e ideas complicada, naturalmente, su aspecto paradójico, esos trozos ofrecen en conjunto una fisonomía bastante exacta del hombre que, sobre todas las cosas, ha querido sorprender nuestra atención para cautivarla. Y que lo ha conseguido.

Sólo que el sortilegio no dura indefinidamente. Su principal virtud reside en lo inesperado, y cuando las sorpresas se esperan, cada vez parecen menos sorprendentes, y, al cabo dejan de sorprender...

Entrevista la obra, dirijamos la mirada hacia el autor.

Ernesto Seillière, miembro del Instituto, filósofo sistemático, de estilo gris y criterio equilibrado, puede servirnos para observarlo con esa cómoda claridad de los escritores franceses, ecuanimes y comprensivos "dentro de ciertos límites", como Keyserling cuidaría de advertirlo.

Esos "ciertos límites" son, precisamente, los que nos inspiran confianza por carecer de ellos, el ilustre Conde se nos da vueltas como el mundo.

El Conde Herman Keyserling—dice Ernest Seillière (1)—es un pan-germanista muy discreto que se sorprendería tal vez, de verse aplicar semejante calificativo; pero que no por eso ha contribuido menos a impulsar a Alemania vencida a considerarse más que nunca encargada de una misión providencial en el mundo.

Originario de las provincias bálticas, dióse a conocer en Alemania veinte años atrás, por obras filosóficas cuyo misticismo se envolvía diestramente en fórmulas científicas y repajes de erudición. Aunque de nacionalidad rusa en aquel tiempo, el alemán era su lengua materna y la manejaba con talento. Consagró su juventud al estudio de las ciencias naturales, en especial la Geología, y gustó con pasión de la música.

En 1911, tras numerosos viajes por Europa y largas estadas en París, emprendió un viaje de estudio alrededor del mundo. Regresó en vísperas de la guerra. Durante la lucha, ordenó sus notas y compuso el Diario de Viaje de un Filósofo, dos gruesos volúmenes cuyo éxito le valió comentarios en las cátedras universitarias, admiradores fanáticos en diversos países, la mano de una nieta de Bismarck y la posesión del castillo histórico de Friedrichsruhe, en tantas ocasiones residencia del Canciller.

El Conde advierte que su libro debe leerse como una novela; porque con más frecuencia evoca en él posibilidades que hechos verdaderos; pero aun así, sus lectores se

desalientan y fatigan con la repetida contradicción que se desarrolla a lo largo de aquellas páginas: por un lado exalta la sabiduría oriental como una verdadera revelación y, por otro, confiesa que el método de las razas europeas y el provecho obtenido por su esfuerzo poseen una superioridad incontestable.

La India de los Brahmanes, con su metafísica inmemorial, le inspira la más viva admiración; reconoce la incomparable espiritualidad que ha difundido hasta entre las masas, cosa que ningún progreso científico de Occidente ha logrado. El Bhagavat-Gita le parece el libro más bello del mundo, aunque nuestros sabios lo consideren una compilación filosófica, desprovista de toda originalidad; y muchas de sus lecciones las ha aprovechado para ponerlas en práctica entre sus discípulos europeos. Cuando los maestros hindúes reciben alguna consulta sobre la Verdad, no responden con ninguna proposición lógica: limitanse a invitar al curioso a "vivir en su compañía durante unos diez años". El Conde ha intentado algo semejante en su Escuela de Darmstadt, con la apreciable diferencia de que, siendo entre nosotros más precioso el tiempo, sus discípulos permanecen con él diez días en lugar de diez años...

Sin duda alguna, el "yoghi", mediante las prácticas de la Yoga, o sea el código de moral ascética de la India, ha llegado a una sabiduría más profunda que la nuestra; pero cuando quiere traducir en palabras sus ideas, no expresa sino cosas ridículas, como cuando nosotros queremos referir los sueños de la noche. "La expresión de su rostro—dice de un brahman—era de una perspicacia extraordinaria y aparentaba tener secretos maravillosos; solamente que rehusaba formularlos en "palabras". De ahí la indiferencia del pensamiento europeo.

Keyserling parece, en ocasiones, a punto de admitir que el hombre, interiorizado profundamente en su conciencia, podría saberlo todo sin utilizar la ciencia para obtener sus conocimientos; pero agrega que semejante iluminación permanecería incomunicable y no serviría, por tanto, sino a su poseedor.

Explorador del infinito, el sabio hindú nos invita a seguirlo durante diez años para llegar a una visión completa de la verdad que el occidental conquista diariamente por fragmentos.

¿Por cuál decidirse?

El Conde vacila; Seillière resuelve francamente la cuestión:

"...hace 150 años, Anquetil nos reveló la metafísica asiática, antigua—pág. 58—hace treinta que la ciencia alemana ha continuado el examen de esos documentos; y sin embargo, el pensamiento de Europa no ha experimentado grandes modificaciones, que yo sepa. Al contra-



Conde Hermann Kayserling

rio, el Japón ha cambiado de faz en medio siglo bajo nuestra influencia; la India y la China se muestran dispuestas a imitarlo! El Asia, pues, necesita de nosotros más que nosotros necesitamos de ella: aun es probable que haríamos mal negocio si la mística aria antigua viniera a reforzar nuestro actual misticismo naturista, hasta hoy más debilitante que tónico, mientras nosotros entregáramos a temibles competidores futuros

los incontestables instrumentos "racionales que hemos sabido poner al servicio de nuestro instinto dominador". Esto se llama, como se dice, "hablar en plata".

Keyserling salta sobre estas consideraciones demasiado prácticas, aunque llevado por el mismo fin: cree que las religiones y las metafísicas occidentales no bastan y que las aspiraciones místicas del alma moderna sólo pueden satisfacerse—¿con qué?—con la Astrología

y la Magia... A su juicio, todo hombre, en el fondo, no vive sino por la esperanza más o menos definida de ejercitar alguna vez un poder mágico. El mismo confiesa que largo tiempo soñó con la idea de convertirse en Dios; pero que las lecciones de la experiencia lo condujeron a abandonar esa ambición "como maquinaria".

Como una reminiscencia de los románticos alemanes, el viajero filósofo se inclina por momentos hacia el Catolicismo, de tal modo que sus simpatías hacia el credo romano le han sido reprochadas por críticos afectos a las tradiciones de la Reforma. A juicio de Keyserling, el Protestantismo consejero excelente en el sentido práctico, ha perdido el secreto de estimular el sentimiento religioso mediante la pompa del culto y Roma le lleva gran ventaja en el camino que acerca a la divinidad. El catolicismo sigue siendo la gran escuela de psicología aplicada, aun en los tiempos modernos; y todos los místicos, sin exceptuar a Lutero, han tenido tendencias católicas.

No nos engañemos, sin embargo, por estas manifestaciones de simpatía: en el fondo, Keyserling admira al Catolicismo como admira las religiones asiáticas y casi en igual medida: en otros términos, lo subordina al protestantismo, considerado por él como más tónico de la voluntad. Más aun, lo propone a la sabiduría profunda de la India y a la virtud ritual más desarrollada de los chinos. Cuando relea las obras sagradas del Brahmanismo, la Imitación de Cristo le inspira distancia por su bajo materialismo y San Juan de la Cruz lo ofende por el impudor de su erotismo grosero, a la española.

¿Significa esto una exaltación definitiva de las religiones indias? De ningún modo.

Examinando los resultados sociales de la moral yoghista, la conducta de los indios no resulta ejemplar. Sus convicciones teóricas, llenas de verdad y de buen sentido, se manifiestan al exterior con supersticiones groserísimas. Desde cierto punto de vista, siguen siendo simples primarios. Un sabio inglés conocía a un astrónomo indio que, formado por nuestros métodos científicos, había llegado a calcular exactamente el día y la hora de un eclipse de sol; pero cuando la sombra lunar comenzaba a desflorar nuestro planeta, dejaba la mesa de estudio o el telescopio del observatorio para irse a golpear desesperadamente un tambor a fin de conjurar, según la costumbre de sus antepasados, al mal demonio que amenazaba devorarse el astro del día. Y si le reprochaban la falta de lógica de su conducta, respondía, sin alterarse, que la Ciencia y la Fe poseen cada una su dominio.

Lejos de convenirle, el ambiente espiritual de la India enfermó a Keyserling y le hizo buscar refu-

gio en la China, cuya refinada cortesía le sirvió de reposo a los nervios. Desde que desembarcó en Cantón, la sonrisa y aun la risa perpetua de esas gentes parecían indicio del perfecto dominio sobre sí mismo, que sabe oponer rostro alegre a las peores decepciones de la vida. Muy pronto, con su terrible don de análisis y su libertad para ver el anverso y el reverso de las cosas, una de las características centrales del Conde, observó que el chino, de tan alegre y cortésana apariencia, se entrega a veces a accesos de rabia irrefrenable y devastadora; y recuerda que los médicos europeos han explicado muchas enfermedades especiales del Celeste Imperio por la tensión nerviosa que les produce a los chinos su continuo estado de furor reprimido: lo cual confirmaría una de las tesis de Freud y llamaría al psicoanálisis a desempeñar gran papel en la República China.

Poco después de su regreso a Europa, anunció la fundación de la nueva Escuela o Iglesia de la Sabiduría en Darmstadt.

En el palacio gran-ducal y bajo la presidencia de honor del Gran Duque Ernesto Luis de Hesse-Darmstadt, que parece tan reinante como en sus buenos tiempos, una Sociedad de Filosofía Libre administra el Instituto bajo la dirección científica de Herman Keyserling. Amigos de la nueva ciencia proveen a las necesidades materiales de la casa con sus erogaciones y el mismo gran duque le asigna una importante dotación.

Allí no se proporciona enseñanza propiamente tal: las personalidades notables reciben una invitación a "vivir" cierto tiempo en intercambio directo de ideas e impresiones con el Conde de Keyserling, ejemplo eficaz de sabiduría. Esta intimidad espiritual no debe prolongarse más de dos semanas. En Otoño y Primavera, celébranse allí grandes Congresos de Sabiduría y se fija el rango de los colaboradores de la obra: los de primera categoría aportan contribuciones pecuniarias importantes; los de segunda, habitan allí para salir de maestros; los de tercera se cuentan hasta entre los simples lectores del Conde, interesados en su éxito. Los primeros se cotizan sobre mil marcos, los segundos sólo en trescientos y los últimos hasta en ciento.

Introducidos al palacio gran-ducal por lacayos correctos y ceremoniosos—cuenta un neófito—los visitantes se reparten por salas decoradas con paisajes indios y estatuas de Buda; pero antes de llegar hasta la persona del Conde necesitan un ciclo de iniciaciones. Durante las comidas, en la gran sala blanca y oro, una orquesta diáfana entre plantas verdes, hace oír, distante y penetrante, las quejas apaciguadas de las balalaikas, que el tintineo inocente de campanillas cristalinas alegra. Lue-

go viene la hora de la discusión, charla íntima con una mujer iniciada, en un vasto salón poblado de parejas análogas. Esas sacerdotisas dicen muchas cosas. No se necesita entenderles todo; esa es una manía occidental. "Basta que sus palabras caigan en vuestro oído y despierten imágenes adoradas..."

Por fin, el Conde de Keyserling aparece y habla. Muy sencillo, muy familiar, calva la frente, la mirada benévola, se sienta en su cátedra y conversa durante dos horas, repitiendo sus palabras en tres o cuatro lenguas. Dice, más o menos:—Nada de sistemas, nada de doctrinas; ayudar a los seres a manifestarse a nuestro alrededor, estimular vidas espirituales. Hacernos sabios, confiar en la potencia espiritual, norma del porvenir. ¿Quién habla de ametralladoras, de máquinas mortíferas? Las grandes fuerzas vitales no residen ahí, en esa materia inerte, sino en el pensamiento concentrado para manifestarse, luego, al exterior...

Un espectáculo singular. He ahí, en resumen, nuestra impresión acerca de este Conde viajero, iluminado y divertido. Un hombre inteligentísimo, algo tocado del cerebro, que por su agudeza de análisis y su facultad de ver en todo el pro y el contra, el revés y el derecho, produce, en la psicología y la filosofía religiosas, los efectos de contrastes más formidablemente cómicos, sin que por eso pueda tacharse de infundado ni de realmente contradictorio.

Un espectáculo muy estimulante, de un interés altísimo: no una guía, casi ni un consejero.

LIBROS NUEVOS.

Hemos recibido últimamente:

—"El Calvario Ruso", por Paul Schostakowsky, editado en Madrid. Biblioteca del Hombre Moderno, por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, con elogios de Maeztu y Paleologue, además de los juicios chilenos que mereció la primera edición, hecha en Santiago;

—"Anfora", poesías por Domingo Contreras Gómez, Imprenta Universitaria, Estado 63, Santiago, 1928;

—"Guirnalda Azul", poesías por Berta E. Fernández Silva, Valparaíso, Imprenta Roma, 1929;

—"El Inquilino de la Soledad", por Ricardo Tudela, Buenos Aires, M. Gleizer, editor, Triunvirato 537;

—"La Constitución de 1925", por José Guillermo Guerra, Profesor de Filosofía del Derecho y de Derecho Internacional en la Universidad de Chile. Obra premiada por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en el Certamen Bial de 1926-1927. Pax, Lex, Lux. —Santiago. "Ballcells". Fontecilla 263.—1929.

—"Maya", por Simón Santillón. (Traducido por Renato Valenzuela) ALONE.

p. 2.
de Néstor, Itoc, 7-VII-1929